

El Concilio Vaticano II, Cuarenta Años Después

Nelson Medina, O.P.

1. Desde el descontento hasta la gratitud

El 8 de diciembre de 1965 tuvo lugar la clausura del Concilio Vaticano II, sin duda el acontecimiento eclesial de mayor impacto en el siglo XX. Cuarenta años después la discusión sobre sus intenciones, logros y deficiencias es amplia y algunas veces agria. No es difícil encontrar posturas divergentes, que van desde el descontento hasta la gratitud. Hay quienes piensan que apenas se avanzó un poco, aunque en la dirección correcta, y hay quienes piensan que sólo un milagro puede salvar a la Iglesia de los desmanes de aquella época. Algunos hablan como si la Iglesia hubiera empezado a existir hace 40 años y otros creen que la Iglesia, la verdadera, existió sólo hasta el comienzo del Concilio.

La discusión no es menos intensa si se piensa en las realidades actuales. Para algunos, el Papa Juan Pablo II es el adalid y verdadero intérprete del Concilio; otros dirán que él consumó la "traición" a la Tradición, y otros que traicionó el "espíritu" del Concilio. Especialmente esta última expresión es bastante socorrida por esta época aquí en Europa: para muchos el Papa Benedicto viene a ser el sepulturero de ese "espíritu," pues las consignas esenciales de colegialidad, subsidiariedad, comunión y participación están siendo relegadas, según opinión de ellos.

Este volumen de discusión es en sí mismo un argumento que algunos yerguen en contra del Concilio como tal. Su razonamiento va así: "si el Concilio fuera obra del Espíritu Santo habría traído frutos de santidad, de unidad y de renovada evangelización; no vemos que suceda nada de eso, de modo que hay que considerar ese evento como un accidente, si no como un error."

A lo cual responden otros más o menos de esta manera: "el espíritu del Concilio ha sido traicionado y sus documentos han sido secuestrados por aquellos que detentan el poder; es culpa de ellos y no del Concilio que la Iglesia no haya recuperado su rostro de sencillez, cercanía y comunión."

Lo interesante es que esta clase de polémica suele permanecer en el ámbito intraeclesial; uno diría que a la mayor parte de la gente "de afuera" poco le importa lo que la Iglesia piense de sí misma. El efecto final, sin embargo, es un mundo que ve irrelevante a la Iglesia, y que sin duda quisiera confinarla más y más al pasado y a la esfera de lo privado y subjetivo.

2. El propósito del Concilio

Pero, ¿qué era lo que quería el Concilio como tal? Incluso la memoria de los Papas de aquella época, Juan XXIII y Pablo VI, se ve emborronada por la controversia. Pienso, sí, que debe subrayarse que para estos Papas era perfectamente claro *de dónde* y *hacia adónde* fluye el mensaje. Me explico: para ellos es evidente que la Iglesia tiene algo esencial que decir, aunque tenga que buscar nuevos modos de decirlo; el mensaje que la Iglesia predica no viene del mundo ni es un eco de lo que el mundo admite.

Esto supuesto, no cabe admitir posturas fáciles: encerrarnos en los altos muros del clericalismo, meternos en un castillo de teología incomprensible para los no-iniciados, o

disparar condenas al resto del mundo. Si Juan XXIII vio la oportunidad o incluso la necesidad del Concilio, ello indica algo: el intento vigoroso de sanar muchas divergencias. El Concilio fue eso; fue el ejercicio de sentarse y reflexionar sobre el desarrollo de los hechos. Más que las *doctrinas*, como había sucedido en prácticamente todos los anteriores Concilios Ecuménicos, en éste lo determinante fue el curso de los *acontecimientos*: fue un intento de leer la vida para poder escribir en ella con mayor honestidad y claridad.

Ahora bien, puede sostenerse que en la raíz de tales divergencias Iglesia-Mundo está lo humano. ¿Qué es lo humano? Hay mucho que clarificar pero parece claro que si la Iglesia no puede dialogar sobre lo humano, su propuesta sólo puede parecer contraria a los legítimos anhelos de la Humanidad.

Esto contextualizaría la famosa frase que sirve de portada al documento que muchos ven como emblema del Concilio, la Constitución *Gaudium et Spes*:

El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad que ellos forman se halla integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinación hacia el Reino del Padre, y han recibido un mensaje de salvación que deben proponer a todos. Por ello, la Iglesia se siente, en verdad, íntimamente solidaria con el género humano y con su historia.

3. ¿El criterio hermenéutico del Concilio?

La frase que abre *Gaudium et Spes* merece una cierta exégesis, sobre todo porque, aunque el Concilio dijo tantas cosas, hay algunas que *de facto* se han venido a convertir en criterios de interpretación de las demás, y creo que ese es el caso con el número primero de esta Constitución.

Se dice allí que hay una solidaridad entre lo que viven los hombres y lo que viven los discípulos de Cristo: "nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón." Es una frase feliz. La pregunta sin embargo es: ¿feliz para quién?

Si yo soy un creyente, esa frase me asegura tres cosas:

- * Que puedo entrar en diálogo con todos los seres humanos.
- * Que mi felicidad como cristiano jamás entrará en conflicto con los anhelos legítimos de mi corazón de ser humano.
- * Que es posible anunciar mi mensaje de fe a todos en todas partes.

El problema viene si no soy creyente. Para quienes no creen en Dios o en Jesucristo, esa frase significa por lo menos tres cosas también, pero esta vez no tan amables:

- * Los cristianos creen que pueden determinar qué es lo "verdaderamente" humano.
- * Tarde o temprano la Iglesia querrá inmiscuirse en todas las cosas, y hará sentir su poder en lo privado y lo público, si es que se lo permitimos.
- * Además, si ellos piensan que toda felicidad humana es cristiana, debemos suponer que creen que no hay felicidad fuera de su fe.

Lo irónico del caso es que la Iglesia del Concilio creía que estaba trayendo una buena noticia con su modo de hablar. De los discípulos de Cristo dice esta constitución conciliar a

renglón seguido que "han recibido un mensaje de salvación que deben proponer a todos." Precisamente lo que adentro de la Iglesia es llamado "mensaje de salvación" es lo mismo que afuera suena a "pretensiones de superioridad."

La ironía se hace mayor si leemos el segundo número de *Gaudium et Spes*:

Por esto, el Concilio Vaticano II, después de haber investigado profundamente el misterio de la Iglesia, dirige ahora su palabra, sin dudar en ello, no sólo a los hijos de la Iglesia y a todos los que invocan el nombre de Cristo, sino a todos los hombres sin distinción alguna, deseando exponer a todos cómo entiende [el Concilio] la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Admitamos que sonaba lógico: si queremos establecer un diálogo nos dirigimos a los interlocutores; si la Iglesia va a dialogar con el mundo, no debe hablar sólo a los que ya creen. Ello nos conduce a una cuestión bien honda, si la Iglesia puede tener para los no creyentes algo distinto a una invitación a que crean. El Concilio Vaticano II es posiblemente el esfuerzo más grande que se ha hecho en esa dirección: hablar sin pretender "*in directo*" convertir.

Esa intención está como sobreentendida en un lenguaje que tuvo resonancia a partir del magisterio de Juan XXIII y que ha hecho carrera. Me refiero a eso de dirigir los documentos por igual a los creyentes y no creyentes. La fórmula usual es algo como: "A los venerables hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y otros Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica, al clero y fieles de todo el mundo y a *todos los hombres de buena voluntad*" (subrayado nuestro). Magnánima, como puede sonar a oídos católicos, no queda libre de sospecha para orejas laicas.

4. Un experimento fallido

El Concilio Vaticano II quiso entablar un diálogo con el mundo *sin un propósito expreso de conversión*. El experimento salió mal. Hablarle al mundo sin convertir al mundo trae enemigos de fuera y quita amigos por dentro. Los de fuera terminaron acusando a la Iglesia de pretenciosa y dogmática, y de entrometerse en todo lo público. La única Iglesia que les gusta a los de fuera es la que no existe, o por lo menos, no existe más allá de las devociones privadas.

En cuanto a los de dentro, muchos de la línea progresista consideraron que entender a la Iglesia en términos "puramente" humanos era no sólo posible sino necesario, y que era la mejor manera de ejercer presión para lograr cambios muy deseados.

Estos grupos siguen activos y hoy imaginan que los recursos propios de la sociedad civil, como por ejemplo, votaciones masivas, manifestaciones en la plaza pública, o uso extenso de los medios de comunicación, lograrán que la Iglesia termine de adoptar en su conjunto los estilos y métodos de la democracia secular.

Los años del inmediato postconcilio contemplaron cómo brotaban los espectros de la desertión, la apostasía y la confusión, también entre los sacerdotes y religiosos. Hay una explicación para ello: si las alegrías y angustias son las mismas adentro o fuera, da lo mismo adentro que fuera. No es la intención que tuvieron los padres conciliares; tampoco es lógica perfecta, pero sí pragmática pura y dura.

Aunque ese no es el cuadro completo. Hubo también ilusión y una brisa suave de esperanza en muchos, sobre todo los que conocían mejor el talante y las posibilidades que abrían los documentos conciliares. Para ellos, la idea de que la Iglesia es una realidad viva en la que es posible participar generó enorme entusiasmo, aunque éste dio paso relativamente pronto

a la decepción, cuando se vio que las autoridades eclesiásticas empezaron a dar a los textos interpretaciones más y más conservadoras. Estamos hablando de los años setentas.

La publicación del código de Derecho Canónico (1983), la promulgación del Catecismo de la Iglesia (1992), y otros hechos, como los famosos documentos sobre la Teología de la Liberación, vinieron a afianzar en este sector de la Iglesia la idea de que el espíritu del Concilio estaba siendo ahogado por una nueva oleada de legalismo y de búsqueda de privilegios.

A fecha de hoy, sin embargo, los hechos muestran que las referencias firmes, y no la subversión, tienen más y más atractivo entre los fieles laicos, particularmente entre los jóvenes. Prácticamente reciben vocaciones de consagración sólo los estilos donde la autoridad, las renunciaciones y las opciones vigorosas están a la vista. Aunque el fenómeno es complejo, y seguramente hay intereses creados de todas partes, sí está claro que la apuesta mayoritaria, si es que vamos a ser "democráticos" en esto, no va por un modelo humanista "horizontal" en el que todo se supone que puede ser esclarecido y/o negociado. Al fin y al cabo, ¿para tener ese humanismo no hay ni siquiera que ser creyente!

5. Experta en Humanidad

El punto central es si la Iglesia puede considerarse "experta en humanidad," como afirmó Pablo VI ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el 4 de Octubre de 1965. Mientras que esa afirmación suena coherente y alentadora para el creyente, suele parecer injustificada y sospechosa para el que no cree.

El primer bofetón lo recibió Pablo VI en plena cara con su controvertida *Humanae Vitae* (1968), cuya línea de razones va así: hay una naturaleza propia del acto sexual; esa naturaleza queda desfigurada seriamente por el uso de medios artificiales de anticoncepción; *ergo* tales medios no pueden considerarse legítimos recursos de planificación familiar. Su argumento, aunque limpio y consecuente, fue contestado con fuerza, sobre todo diciendo que no había tal "naturaleza propia" de los actos sexuales humanos.

En la práctica, casi toda la enseñanza moral reciente de la Iglesia ha encontrado la misma resistencia, especialmente cuando se trata del uso de la propia libertad. El mensaje que con progresiva altanería y dureza le envía el mundo a la Iglesia es: "Ustedes no son nadie para decirnos qué es lo humano ni cómo hemos de vivir o morir los seres humanos." Supuestamente la Iglesia le estaba tendiendo una mano al mundo, o así lo veía Juan XXIII al convocar el Concilio, pero esa mano ha sido rechazada con ira y desprecio, no menos que si se tratara de una enojosa intromisión. Quienes auspician a ultranza el feminismo o la práctica homosexual, por una parte, y quienes se declaran agnósticos o ateos por la otra, sólo encuentran solaz en sacudirse cualquier rastro de cristianismo, como quedó de manifiesto en la imposibilidad de incluir el nombre de Dios en el proyecto para la Constitución Europea.

Según ello fue una mala idea imaginar que se podía *hablar a no convertidos aunque sin pretender convertirlos*. Los no convertidos se sintieron amenazados e hicieron mofa de lo que se les ofrecía.

Fue también una mala idea desde el punto de vista intraeclesial. Al fin y al cabo, si la Iglesia puede ser explicada en términos que un no-creyente puede comprender, nada impide que los creyentes examinen su Iglesia a la luz de este humanismo intramundano. Este enfoque es particularmente visible en el caso del llamado "progresismo" católico, cuyas reivindicaciones usuales van en la línea de exigir que la Iglesia termine de asemejarse a una empresa, o a una nación, o a un parlamento en que las facciones en conflicto se ven obligadas a negociar.

El error parece estar en suponer que se puede usar un mismo lenguaje para describir o explicar qué es la Iglesia o qué es la fe, sin importar a quién se le habla. El Nuevo Testamento muestra que la fe no puede ser plenamente explicada si no es aceptada, como aparece por ejemplo en los textos de Pablo sobre la sabiduría de Dios y la de este mundo (1 Corintios 1 y 2). Si el ser de la Iglesia es en primer lugar un acontecer de la Palabra en la Historia, la Iglesia no puede decirse, ni tampoco expresar su relación con el mundo o con la creación, si no es sobre la base del misterio del que Ella misma brota.

Resulta interesante ver cómo en realidad todos los Papas posteriores al Concilio han querido destacar la dimensión "mística" de la Iglesia, y al obrar así en cierto sentido se han desdicho del propósito de "exponer a todos" lo que Ella es.

6. Nuevas perspectivas

Las grandezas y riquezas del Concilio seguirán de algún modo sepultadas mientras no se aclare la cuestión hermenéutica, es decir, cómo hemos de entender "lo humano": con qué racionalidad y en qué términos de lenguaje. Esa cuestión es alimentada y alimenta a su vez al problema moral por excelencia, según Kant: ¿qué debo hacer?

La pregunta moral es completamente humana, por una parte; y es de absoluto interés para los cristianos, por la otra. La Iglesia sabe que su mensaje y su misión han de tener impacto en la vida, pero no es viable descartar a la razón y pretender apoyarse en una fe anti-racional o en una autoridad revestida sólo del ropaje de la fe o la sacralidad. Si alguna vez ese pudo ser el camino para ganar ascendiente entre el pueblo sencillo, ni hoy ni en el futuro volverá a serlo.

Una moral cristiana, o mejor: la vida cristiana misma, requiere más que respuestas inteligentes, estrategias pedagógicas o episodios de nostalgia por los tiempos idos. Su *humus* propio es la vida nueva del Espíritu Santo y su contexto estable es una comprensión teológica rica y fecunda.

Si ese análisis es justo, hay pasos que creo que van en la dirección correcta: recuperar los nexos que unen ley y libertad; libertad y verdad; felicidad y deber, y finalmente, el deber presente y la esperanza futura. Todo ello pide un contacto conexión íntimo y renovado con la Escritura, la liturgia, la predicación de los Padres y la vida concreta de comunidades concretas también.

Un texto inspirado e inspirador podría ser aquello de Benedito XVI:

El don de la ley en el Sinaí no fue una restricción o una abolición de la libertad, sino el fundamento de la verdadera libertad. Y, dado que un justo ordenamiento humano sólo puede mantenerse si proviene de Dios y si une a los hombres en la perspectiva de Dios, a una organización ordenada de las libertades humanas no pueden faltarle los mandamientos que Dios mismo da. (Homilía del 15 de mayo de 2005, solemnidad de Pentecostés)

El bien universal no llega a ser universal sobre la grapa de una razón secular; eso quedó demostrado con un precio altísimo de dolor durante estos primeros 40 años de postconcilio.

Pero hay otras formas de universales, distintos de los conceptos. Parábolas, como las del Evangelio; la aceptación general de la genuina caridad en todas partes; el poder de algunos símbolos, incluso sencillos, como compartir la mesa; la capacidad de ganar atención contando lo que ha sucedido en la propia vida: todos estos son caminos hasta cierto punto inexplorados, siempre antiguos y siempre nuevos, que pueden servir para predicar el bien en el que creemos.

El Concilio encierra preciosos y abundantes tesoros que por el momento casi parece que no existieran bajo el peso de unas pocas controversias que han puesto un velo de sospecha o retorcido la posibilidad misma de acceder a la mente de los Padres que en él intervinieron. No está todo perdido ni es tiempo de derrotismo, pero debe quedar ya atrás la ingenuidad para que la Iglesia recupere aquella alegría que va acorde con el don que le ha dado vida.